

La calle para el martes 12 de abril de 2011  
Diario de un espectador  
Leñero y Montemayor  
Miguel ángel granados chapa

Ya no convivieron en la Academia Mexicana de la Lengua. Carlos Montemayor murió el 28 de febrero de 2010, y Vicente Leñero fue elegido el 11 de marzo siguiente. Pero eran amigos, a pesar de un momento difícil que Leñero relata en su columna “Lo que sea de cada quien” en el número de abril de la *Revista de la Universidad de México*:

“El primer libro de Carlos Montemayor se llamaba *Las llaves de Urgell*. Lo había escrito durante su beca en el Centro mexicano de escritores en 1968-1969; constaba de una colección de cuentos que entregó a Joaquín Diez-Canedo para su publicación en Joaquín Mortiz, la editorial en que todos los jóvenes ambicionaban ser lanzados a... la literatura; era prestigiosa, irrefutable, una garantía de calidad.

“Montemayor no era en esos años un desconocido. Sus textos aparecían de vez en cuando en revistas culturales —*Revista de la Universidad, Diálogos, Revista de bellas artes*— y tenía fama de exquisito por la elegancia con que vestía,, porque bebía whisky de doce años, porque se comportaba como un conocedor de los clásicos griegos y latinos. Era engolado, pedante, decían sus detractores.

“Poco sabía yo de él y me sorprendió que Diez- Canedo me pidiera elaborar un dictamen del libro propuesto. No me interesó. Sus cuentos tenían algo de borgianos y, para mi gusto, el autor exageraba su afán de parecer hermético con una prosa que encabalgaba frases como titubeando, como si no diera con la expresión exacta y la adornara innecesariamente en aras de una falsa erudición, de una chocante poética. Quizá no me detuve lo necesario para valorar esa lírica ajena a mi gusto personal. Con un desplante imperativo, terminé mi dictamen del libro con un rotundo *No recomiendo su publicación*.

Diez-Canedo avaló mi juicio sin siquiera comentarlo conmigo ni con otro lector. Ignoro cuál pudo ser la reacción inmediata al enterarse del rechazo, pero de seguro fue pésima, como la de cualquiera: frustración, dolor, rabia. También como cualquiera, no se cruzó de brazos y llevó su origina a la editorial Siglo XXI, cuando aún la dirigía Arnaldo Orfila. Lo aceptaron de inmediato. No sólo eso: para mi secreta descalificación, *Las llaves de Urgell* fue premiado con el Xavier Villaurrutia en 1971.

“Me sentí una chinche, un pésimo hacedor de dictámenes, un miserable lector abrumado por el consecuente sentimiento de culpa del que no podría aliviarme jamás. Menos cuando en 1991, veinteavos después, leí *Guerra en el paraíso*, que me entusiasmó de veras. Carlos Montemayor era otro, Había abandonado su literatura hermética y adquirido, junto con una

prosa exultante, de acentos corales, una valerosa conciencia política, social, que hacía de esa novela una obra épica contundente.

“Con genuina admiración felicité a Carlos apenas lo encontré. Ya para entonces nos conocíamos personalmente gracias a mi relación con sus amigos chihuahuenses: Ignacio Solares, Víctor Hugo Rascón Banda, José Fuentes >Mares, Joaquín Armando Chacón. También por su cercanía con Julio Scherer cuando éste lo llamó para colaborar en *Proceso*. Sabía de su afición a la ópera como estudioso tenor y estábamos a un tris de convertirnos en amigos.

Se presentó la ocasión en noviembre de 2008 durante la celebración del aniversario de nuestra revista, un fiesta que reunía anualmente a trabajadores y amigos en el patio de las instalaciones, animada –esta vez, por un cuarteto de cuerdas”.